

Instituto Social León XIII  
Centro para la Investigación y Difusión  
de la Doctrina Social de la Iglesia



# **CAMINOS PARA LA ACCIÓN Y LA EDUCACIÓN POR LA PAZ.**

Demetrio Velasco  
Universidad de Deusto

Los Nuevos Escenarios de la Violencia en el 40 aniversario de Pacem in Terris  
II Seminario de Doctrina Social de la Iglesia  
Majadahonda (Madrid)

## ***El papel de la sociedad civil: foros, asociaciones y ONG's, sindicatos, universidades y medios de comunicación social.*** <sup>1</sup>

A pesar de que hablar del “dinamismo de la sociedad civil vasca” se ha convertido en una especie de lugar común, desde el conocimiento que tengo de la misma, creo que el principal problema que existe, a la hora de hablar del papel de la sociedad civil en la construcción de unas relaciones humanas y sociales más justas, más solidarias y más pacíficas, es el de su enorme debilidad, el de su déficit de civilidad, entendida ésta en un sentido moderno, pluralista y secular. En mi opinión, este déficit de civilidad se debe, fundamentalmente, a la pervivencia de un imaginario nacionalista, de carácter esencialista y dogmático (jusnaturalismo premoderno y sacralizado), desde el que se define la autocomprensión de una buena parte de la población vasca, que se siente parte de un nosotros comunitarista y excluyente de una convivencia verdaderamente democrática. <sup>2</sup>

Si bajo el “modelo del Príncipe”, desafortunadamente presente en tantos años de dictadura, no fue fácil articular una sociedad civil moderna (ya que primó una lucha de resistencia y de protesta ante un sistema opresor), tampoco lo es bajo la hegemonía de un nacionalismo que impide plantear y resolver en la clave de una “política moderna”, democrática, las cuestiones básicas de la convivencia. Se da una paradójica “hiperpolitización” de toda la vida social, que imposibilita, en nombre de la llamada “cuestión nacional” (cuya única solución vendría de la afirmación de “lo político” entendido como la traducción de un orden natural nacionalista), abordar la construcción de una sociedad plural y cabalmente democrática con normalidad. <sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> La polivalencia del concepto de sociedad civil me exige matizar en qué sentido lo utilizo aquí. El concepto se ha usado, por ejemplo, para hablar de la sociedad civil como opuesta a la sociedad natural (Hobbes, Locke); de la sociedad "civilizada" como opuesta a la sociedad política (Rousseau); como una etapa imperfecta (la del "egoísmo universal") de la "fenomenología del espíritu objetivo" frente al Estado ("altruismo universal"); como sociedad "burguesa" (Marx); como conjunto de relaciones ideológico-culturales y de instituciones que transmiten los valores dominantes (lugar de socialización) opuesto al ámbito de la coacción política (Gramsci); como esfera de las relaciones entre individuos, grupos, clases sociales, que se desarrollan fuera de las relaciones de poder que caracterizan a las sociedades estatales. Esta última acepción, "genéricamente marxiana", me parece la menos inadecuada. Es el terreno de los conflictos económicos, ideológicos, sociales y religiosos; el campo de las diversas formas de movilización, asociación y organización de las fuerzas sociales; el ámbito de las relaciones de poder de hecho frente a las relaciones de poder legitimadas por derecho (políticas). Yo lo usaré en este sentido de marco posibilitador de unas relaciones sociales conflictivas y respetuosas del pluralismo, como deben ser las de una sociedad moderna y secular.

<sup>2</sup> Mientras sigamos pensándonos desde la narcisista secuencia lógica que supone la autocomprensión de una ciudadanía excluyente y que al relacionarse con el otro le plantea: 1) *deberás ser como nosotros*: tendrás que “nacionalizarte”, tendrás que dar el perfil exigido por el proyecto nacionalizador.; 2) *nunca podrás ser como nosotros*: siempre hay un label de calidad, que tiene que ver con lo más primordial, como “la tierra y la sangre”, y que se utilizará cuando sea preciso reafirmar la particular identidad; 3) *aunque no seas como nosotros*: aunque no seas de “aquí” ni tengas los apellidos nacionales, te seguimos admitiendo entre los nuestros, incluso, a veces, con un plus afectivo; para concluir, finalmente, cuando el “otro” no responde a las exigencias y expectativas nacionalizadoras, con un: 4) *no eres de los nuestros y eres de “los otros”*, estaremos incapacitados para pensar siquiera en una ciudadanía universal, y mucho menos aún para construir una sociedad, democrática y pluralista, desde la que dicha ciudadanía universal sea posible.

<sup>3</sup> Aunque el nacionalismo vasco, articulado por un PNV modelo de “partido-comunidad”, ha creado históricamente una amplia red de movimientos sociales, en las diferentes áreas: sociopolítica (juventudes, mujeres, familias, batzokis, euzetxeas, etc), sociolaboral (solidaridad obrera vasca, SOV, paraguas de multitud de asociaciones), educativa (federaciones de maestros, escuelas, folklore, deporte, revistas culturales, etc.), que sólo dejan de tener vigencia porque en la democracia van a contar con un control cuasihegemónico de casi todos los ámbitos mencionados, no se puede confundir con la construcción de una sociedad civil democrática. Incluso ahora muchas de esas creaciones siguen utilizando este sustrato

La sociedad vasca se ha visto sometida durante décadas a la hegemonía de un proyecto nacionalizador que ha conjugado el peor camino de las dos estrategias típicas del Estado-nación:

- en primer lugar, como sujeto definidor, en exclusiva, de su propia esencia y del proyecto nacional, el nacionalismo ha puesto todos los medios a su alcance para conseguir que una nación, que lo es desde tiempos inmemoriales, logre expresar su ser originariamente soberano como sujeto político soberano o, al menos, como co-soberano. “Ser para decidir”. Es el camino recorrido “more germánico”: la conquista del Estado desde la nación. Un camino irreversible y, además, siempre inconcluso. El irredentismo se encarga de convertir lo que hoy es inverosímil en una exigencia debida.
- en segundo lugar, el camino “more franco”, de la nacionalización y conquista de la sociedad desde el poder político. Se trata de un poder *hegemónico* (ejercido con un sentido patrimonialista y excluyente) ya que es el del “ámbito propio de decisión”, *centralizador* (trata de unificar una sociedad poliárquicamente organizada) y *nacionalizador* (euskaldunización) de la sociedad vasca, conforme a la nación imaginada, que, porque no existe, hay que construirla. Se trata de imponer una identidad nacional, una cultura nacional y un proyecto nacional a toda una sociedad, eso sí, de “forma natural”, en expresión del lehendakari.

Como consecuencia lógica de todo lo anterior, durante demasiado tiempo, la sociedad vasca ha estado degradada por la presencia de una violencia convertida en cultura, que se ha manifestado como “acción directa”, (expresión de un particularismo desvertebrador) que diría Ortega,<sup>4</sup> siendo la violencia terrorista su expresión más irracional, y que ha contaminado a una gran parte de la sociedad, incluidos los mismos movimientos por la paz, como veremos. Desde la *complicidad explícita* con la violencia terrorista (por considerarla rentable políticamente), hasta la “*inhibición ciudadana*” (durante demasiado tiempo la sociedad civil ha estado casi muda ante los asesinatos de ETA, porque pensaba que éstos eran selectivos e iban contra algunos grupos concretos (fuerzas de seguridad del estado, empresarios y algunos políticos), pasando por una *complicidad implícita* (en la que influyen razones diferentes: ideológicas: jusnaturalismo premoderno del nacionalismo, ambigüedad calculada, estrategia de tolerancia excesiva, hasta la dimisión de las exigencias democráticas en el respeto a sus instituciones y en la aplicación necesaria de la fuerza legítima), la sociedad vasca está gravemente afectada.

Creo necesario recalcar que parte de responsabilidad de esta situación la tienen los no nacionalistas que, como el PSOE, fueron excesivamente generosos e ingenuos en la cesión permanente ante las exigencias nacionalistas, pensando poder apaciguar así su sed de poder y de control de la sociedad vasca.

---

asociativo para socializar en el proyecto nacionalista (batzokis, Alderdi Egunas, etc.) La fórmula parainstitucional (e incluso anti-sistema) de dicha construcción social histórica la ha heredado el MLNV.

<sup>4</sup> “El particularismo es aquel estado de espíritu en que creemos no tener que contar con los demás (...) La única forma de actividad pública que el presente, por debajo de palabras convencionales, satisface a cada clase, es la imposición inmediata de su señera voluntad, en suma la acción directa”. J. Ortega y Gasset. *España Invertebrada*”.

No hay que engañarse, por tanto, ante la paradójica presencia, por un lado, de la *hiperpolitización partidista* de las relaciones sociales, ya que lo que refleja es, sobre todo, un clima de acción y reacción fruto del proceso de nacionalización de la sociedad vasca conforme a un imaginario nacionalista de carácter pre y antipolítico (negador de la legitimidad del orden jurídico-político constitucional, considerado “artificial” y accidental) y, por otro, ante un clima de “*franciscanismo social*”, que ha combinado la repugnancia ante cualquier uso de la fuerza, por considerarla siempre “represiva” (actitud ante la Ertzaintza), con una actitud acriticamente comprensiva con la mencionada “acción directa”. En este contexto, no es razonable una masiva objeción de conciencia como la que se ha dado en el País Vasco.

La masa social que sigue votando al nacionalismo, pase lo que pase, (sin que crea aceptable una alternancia en el poder para gestionar los problemas de la sociedad vasca, porque lo consideraría una usurpación ilegítima) que asume y reproduce un imaginario en el que no cabe la construcción de una sociedad vasca no definida prioritariamente como nacionalista, es el ejemplo de la carencia democrática fundamental de dicha sociedad civil. La forma en que se sigue defendiendo el Derecho de Autodeterminación en nombre de una soberanía originaria del pueblo vasco es, a la vez, causa y efecto de una mentalidad premoderna, sirve para deslegitimar la legalidad vigente (y mucho más la aplicación de la fuerza legítima necesaria) y llega a traducirse en una forma paralela de institucionalización ilegal (Lizarra, Udaltzeta, referéndum, etc.) y en una paradójica lucha antisistema desde el ejercicio del poder...

Creo que no exagero al afirmar que ninguno de los ámbitos sobre los que vamos a reflexionar: foros, asociaciones, ONGs, sindicatos, universidades, medios de comunicación social, y, yo añadiría la Iglesia, están liberados de esta tremenda hipoteca del imaginario nacionalista y de la cultura de la acción directa. En un texto que publiqué no hace mucho tiempo, he intentado argumentar lo que digo, refiriéndome al caso concreto de la Iglesia vasca.<sup>5</sup> Pero, como veremos a continuación, esto sigue siendo así en todos los demás campos, incluido el de los autodenominados “movimientos, asociaciones o foros por la paz”. Mi experiencia personal en este terreno así me lo sigue confirmando.

Para la construcción de una sociedad civil moderna, pluralista y secular, no sólo hay que superar la violencia, sino también las formas premodernas de afirmar la propia autocomprensión y de tejer las relaciones entre individuos y grupos humanos diferentes. Sólo una sociedad razonablemente pluralista y secular es adecuadamente “civil”. En mi opinión, la primera y fundamental aportación a la superación de la violencia y a la construcción de una sociedad pacífica es la de la “secularización” de las relaciones sociales y políticas. Creo que la sociedad vasca no se “civilizará” adecuadamente mientras no se ponga en cuestión el rol hegemónico del nacionalismo y no se de una alternancia en el ejercicio del poder que obligue al PNV a hacer su transición democrática, convirtiéndose en un partido político más.

---

<sup>5</sup> D. Velasco. “La legitimación “jusnaturalista” del nacionalismo en la Iglesia vasca”, en *Estudios de Deusto*. (2001. Julio- Diciembre). Vol. 49/2; véase el texto de 530 sacerdotes de Euskalherria dirigido al papa en abril del 2003.

Concluyo esta introducción suscribiendo la afirmación de V. Fisas, de que la sociedad civil vasca padece un grave problema de cohesión social, carece de una cultura política democrática, laica y solidaria ya que, en el momento actual, “no hay cultura de paz en el país vasco, sino manifestaciones de todo el espectro de violencias posibles, de la física a la estructural, de la psíquica a la subliminal.”<sup>6</sup>

Lo dicho hasta ahora, vamos a concretarlo en algunos de los ámbitos más significativos de la sociedad civil. Creo que en todos ellos se puede diagnosticar el mismo proceso de contaminación por la cultura de la violencia. Comenzaré por los grupos que trabajan explícitamente por la pacificación. También en ellos se puede detectar, en mayor o menor medida, el peso de la hipoteca a la que nos acabamos de referir.

### *Asociaciones, foros y “movimientos pacifistas.*

“Todos los grupos quieren conseguir la paz, estoy convencida, pero no parece que haya una voluntad suficientemente decidida para cooperar entre todos, para sentar las bases que permitan avanzar en su consecución. Todos los grupos mantienen que la paz es su prioridad máxima, pero algunos están integrados e impulsados por partidos políticos que, además de la paz, tienen otros objetivos sin duda legítimos en su agenda. Muchos ciudadanos/as, aquellos que anteponen el logro de la paz a cualquier otro objetivo político, se sienten, nos sentimos, en ocasiones perdidos. Desean participar en actos a favor de la paz que no conlleven ninguna otra connotación. Quieren tener una manera de vehicular sus ansias y convicciones sin ser identificados con ninguna opción política. Estos ciudadanos y ciudadanas tienen derecho a poder expresar sus opiniones con respecto a la violencia y precisan de mecanismos para poder hacerlo”<sup>7</sup>.

La actitud escrupulosamente apartidista que demanda de los grupos pacifistas la profesora de la UPV hay que contextualizarla en el clima de patológica hiperpolitización de la sociedad vasca, a la que nos hemos referido. Un movimiento pacifista es por definición universalizable en cualquier sociedad que se quiera cabalmente democrática. Solamente un contexto social en el que la causa de la paz está subordinada y mediatizada por proyectos e intereses particulares y no universalizables, como son los del nacionalismo vasco, impide que pueda surgir un movimiento pacifista unitario. La historia de los colectivos, asociaciones, foros, nacidos con la vocación de traer la paz a una sociedad golpeada por la violencia, es un claro ejemplo de por qué la “sociedad civil vasca” tiene por delante la tarea ineludible de su secularización, es decir de la aceptación democrática del pluralismo y de la relativización de cualquier proyecto no universalizable.

Es obvio que la cuestión gordiana ante la que se han tenido que definir todos los grupos pacifistas ha sido la de la jerarquización de los derechos humanos fundamentales, la del “coto vedado”, ante el que hay que relativizar cualquier otra cuestión. Y este ha sido precisamente el test de su propia secularización que, a su vez, ha tenido que legitimarse por su forma de definirse ante el nacionalismo.

---

<sup>6</sup> Vicens Fisas. “La cultura de la Paz en el contexto vasco”. Bake hitzak/Palabras de paz. N. 39, julio. 2000, p. 43.

<sup>7</sup> Carmen Gallastegui. “Movilización y ciudadanía”. Bakehitzak/Palabras de paz. N. 239. julio 2000. p. 33.

*Gesto por la Paz*, uno de los grupos con más presencia temporal, sólo ha sido posible porque, en mi opinión, ha mantenido en un nivel de mínima explicitación el alcance de su gesto: condenar la muerte de cualquier ser humano que haya sido fruto de la violencia. En la medida en que ha explicitado su concepción de las víctimas y su condena de la violencia de persecución y han relativizado, con algunos juicios muy elementales, la posición del nacionalismo excluyente, y han subrayado el carácter plural de la sociedad vasca, ha tenido que afrontar serias tensiones internas y ha visto cómo se facilitaba el camino a propuestas de signo muy diferente, como es el caso de *Elkarri*.<sup>8</sup>

Cuando el hartazgo de la sociedad no nacionalista y la crueldad sin límites de ETA y su entorno generaron lo que se ha venido llamando el “espíritu de Ermua” y la explicitación sonora de la lucha por la paz, surgieron otros grupos con una explicitación mayor del contenido pacifista y democrático, como *Basta ya*, y la legitimidad de *Gesto* ha necesitado encontrar nuevos argumentos para seguir con la vigencia social de que venía disfrutando. La discusión sobre cuál debe ser el papel de la sociedad civil, de su movilización frente a la violencia y a favor de la libertad y de la paz, va a reflejar algo más que una mera interpretación metodológica. Hay, al menos, dos formas de ver la cuestión que están explicitadas por posturas como las de I. Zubero y Carlos Martínez Gorriarán, entre otros.

Los representantes de *Gesto por la Paz* van a mostrar, de entrada, su alarma ante las nuevas formas de expresar el rechazo social de la violencia, promovidas por *el Foro de Ermua* y *Basta Ya*, porque juzgan que llevan a acentuar aún más la confrontación social. “El nuevo estilo de movilización es un negativo perfecto del tipo de movilización social que *Gesto por la Paz* ha impulsado desde sus orígenes. Es un estilo de movilización catártico, basado en la explosión emocional, con altas dosis de visceralidad, en el que se expresan consignas abiertamente políticas, que rompe con el silencio característico de las movilizaciones sociales por la paz desarrolladas en este país desde 1986. Otra característica de esta nueva movilización es el contenido político que, de hecho, se vincula a estas convicciones: en unos casos porque los convocantes son sólo algunas fuerzas políticas; en otros porque, aunque la convocatoria proceda de una organización ciudadana, sólo algunas fuerzas políticas la secundan. La división entre nacionalistas y constitucionalistas, convertida en el nuevo eje de la confrontación política en el País Vasco, se ha trasladado así a la movilización social. (...) En adelante estos dos estilos de movilización, igualmente legítimos, van a competir entre sí. Utilizo conscientemente la palabra competir; se trata de dos estilos de movilización incompatibles entre sí.”<sup>9</sup> Para I. Zubero estos grupos, “consumidores de movilización” escenifican una ruptura social, la de los nacionalistas y constitucionalistas, como quedó plasmada en Vitoria, tras la muerte de Buesa y de su escolta, y *Gesto* tuvo el acierto de colocarse “entre las dos”. El silencio de *Gesto* es omnicompreensivo y no genera ruptura. Este mismo esquema lo reproducen para dibujar el escenario pos Lizarra. Ante un panorama que consideran “desalentador” afirman: “Por ello, más que nunca, hemos de agarrarnos con fuerza a la convicción de que somos la única organización social que aún convoca a derechas e izquierdas, a nacionalistas y no nacionalistas, a mostrar públicamente su rechazo a la violencia y su solidaridad con las víctimas a partir

<sup>8</sup> Sería interesante indagar el papel que ha tenido en la vigencia de *Gesto* el ya mencionado “franciscanismo social”.

<sup>9</sup> I. Zubero. “Estilos de movilización”, en *Bake hitzak/Palabras de Paz*. Ibid. pp 16-17. Véase cómo este autor matiza algunas de sus afirmaciones en “Movilización social y realidad política en el País Vasco”, en *Cuadernos de Alzate*. n. 18. 1998. pp 107-122.

solamente de consideraciones éticas (...). Y que aún sostenemos que el silencio aglutina y representa el pluralismo y que no es tibieza ni pusilanimidad, sino tibieza”.<sup>10</sup>

Esta posición de Gesto, quizá excesivamente celosa y narcisista por su pureza pacifista, le lleva a criticar duramente en un comunicado<sup>11</sup> la manifestación de San Sebastián (19/II/2000) convocada por Basta Ya, y merecerá la contestación de representantes de este colectivo ciudadano y de otros que se sitúan en su línea. Carlos Martínez Gorriarán, tras reconocer el valor de Gesto y de su silencio, durante cierto tiempo, va a señalar, sin embargo, su clara insuficiencia, ya que como lo muestra con su comunicado, su posición es moralizante y ambigua, puesto que se refugia en el mundo de la ética, cometiendo el error de despolitizar la lucha por la paz. “Tal como lo entendemos, nuestro problema no se reduce a “falta de paz” en abstracto, sino a que el terrorismo impide vivir con libertad de expresión, de asociación, de representación, de iniciativa política y social. Habrá paz cuando haya libertad y como resultado de la misma; por lo tanto, las movilizaciones deben reivindicar libertad y señalar los agentes concretos que la impiden. La política de alianzas de los partidos nacionalistas moderados cuya expresión es el pacto de Lizarra, y cuya tramoya pública es de dominio público (los pactos con ETA), también es merecedora de crítica en este sentido porque aceptaba limitar los derechos políticos de los vascos no nacionalistas en beneficio de la llamada “construcción nacional”, presentada como construcción para alcanzar la paz. Desde esta perspectiva, expresiones como pakea behar dugu y otras similares contribuyen a desdibujar otro aspecto fundamental del problema que nos aflige, a saber, el arraigo y la difusión de una ideología que admite la violencia como un instrumento político útil o legítimo, y que además niega toda legitimidad al sistema democrático fundamentado en derechos humanos, valores democrático liberales y legitimidad constitucional. La petición de libertad democrática incluye la del disfrute de la paz; en cambio, pedir paz como una “ausencia de conflicto” sin relación alguna con el sistema político y el tipo de sociedad que la permite es, en el mejor de los casos, una ingenuidad que no podemos permitirnos. Y que puede llevar un mensaje oculto: que estamos dispuestos a renunciar a determinados principios, derechos y libertades básicas a cambio de la paz. Es un error despolitizar la paz. Este no es un punto de vista popular, porque la política está muy desprestigiada –por muy poderosas razones–, y la tendencia general es identificar política con partidismo, de modo que “despolitizar” la reivindicación de paz parece un modo de moralizarla, de hacerla más universal y apartidaria, desinteresada y generosa. Pero al proceder así no conseguimos moralizar el deseo de paz, sino más bien, privarlo de su dimensión de bien común o res publica, asunto de todos que no pertenece al mundo de los deseos y de la subjetividad ni al de los ideales éticos, sino al de los requisitos y condiciones que posibilitan disfrutar de bienes morales y de libertades ciudadanas. La confusión de las virtudes éticas con los valores políticos es una moda fundamentalmente errónea (...). No deja de ser significativo, como síntoma, que los discursos pacifistas que vacían a la paz de su dimensión política tiendan a revestirse, para compensar, de una retórica moralista y moralizante desde la que se dictan lecciones éticas a todo el mundo”.<sup>12</sup>

<sup>10</sup> J. M. Urquijo. “La reivindicación del silencio”. Ibid. p. 20.

<sup>11</sup> “Ante la convocatoria de manifestación en Donostia el sábado, 19 de febrero de 2000”. Nota de prensa de la Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria. 17/II/2000.

<sup>12</sup> C. Martínez Gorriarán. “¿En silencio o a voz en grito?”, en *Bakehitza/Palabras de paz*. Ibid. pp 26-27. El autor desarrolla su posición en otro artículo, titulado “Pacifismo vasco, de la Ética a la Política”.. *El Noticiero de las Ideas*. N. 6, abril 2001. pp 6-8. Así afirma: “La limitación de la crítica moralizante, cualesquiera que sean sus méritos históricos como despertador de la conciencia cívica, es que rehuye la comprensión de la naturaleza totalitaria de los fines que persigue el terrorismo, y que precisamente por ser

R. Aguirre, firmante de alguno de los textos de Basta Ya, tampoco comparte la posición de Gesto y abunda en las tesis de Gorriarán, concluyendo que “el silencio puede ser un testimonio elocuente contra la barbarie, una prueba de autocontrol y de negarse a entrar en la espiral de las agresiones, de las descalificaciones y de la violencia. Pero el silencio también puede ser expresión de la incapacidad de formular una palabra, de cobardía, de confusión mental. Todos los signos humanos son ambiguos”.<sup>13</sup>

Eduarne Uriarte amplía la reflexión argumentando desde una concepción coherente de la democracia representativa que la sociedad civil no puede dejar en manos de los partidos políticos (frente a la tesis de Juan de Aranzadi) la cuestión de la lucha contra la violencia. “Existe un convencimiento cada vez mayor de que a los terroristas no se les convence sino que se les combate (...) Es por eso por lo que, en situaciones de excepcionalidad, la democracia necesita del concurso de todos los ciudadanos habituales de solución de los problemas ya no son suficientes”.<sup>14</sup>

Como podemos ver, lo que divide a los grupos pacifistas no es sólo la forma de expresar su rechazo a la violencia, sino, también, la forma en que se sitúan ante el proyecto nacionalizador de la sociedad vasca. Mientras, para unos, dicho proyecto es legítimo e incluso necesario para conseguir la paz, con tal de que no se justifique la violencia terrorista, para otros, sigue siendo una de las causas fundamentales que impide la construcción de una sociedad vasca democrática, respetuosa del pluralismo y de los derechos y libertades de todos y cada uno de los ciudadanos y ciudadanas vascas.

### *Papel de la Universidad*

Aunque el balance de lo que la Universidad vasca, especialmente la privada, ha hecho por eliminar la violencia y sus causas, no es muy brillante, creo que sí que ha sido importante la deconstrucción del imaginario nacionalista por parte de una gran mayoría de académicos e intelectuales que, con su investigación, han deslegitimado el discurso nacionalista y sus proyectos nacionalizadores de la sociedad vasca.

Como, en otros ámbitos, la rémora en dicha tarea ha venido del peso del nacionalismo hegemónico que, con su enorme poder y control de los recursos, ha colonizado y mediatizado, en mayor o menor medida, la institución universitaria con el propósito de convertirla en un instrumento del proyecto nacionalizador.

Mi experiencia de la Universidad de Deusto (UD) confirma este diagnóstico. La connivencia y complicidad con el nacionalismo se manifiesta de muchas formas. La inauguración del curso 2000-2001, en la que el Lehendakari hace una defensa incondicional del Pacto de Lizarra; la colocación estratégica de una parte del

---

totalitarios exigen de medios inhumanos o criminales para imponerlos... En su forma más perversa, tal como por ejemplo lo emplearon los partidos y entidades que firmaron el pacto de Lizarra, el rechazo moralizante completa el chantaje terrorista al proponer el cese de los métodos inhumanos del terrorismo a cambio de la consecución pacífica de los fines terroristas”.

<sup>13</sup> R. Aguirre. “Ampliar la movilización social”, en Bakehitzak/Palabras de Paz, ibid. p. 22.

<sup>14</sup> Eduarne Uriarte. “La sociedad civil contra ETA. *Claves de razón Práctica*. N. 111. abril 2001..

profesorado y la permanencia de una forma “nacionalista” de explicar el derecho político; la erección de Instituciones legitimadoras del proyecto nacionalista (Instituto de Derechos Humanos) y la financiación de obras favorables a las tesis nacionalistas; la escasa presencia de la UD, como institución, en la condena del radicalismo violento, etc, son algunos ejemplos de lo que decimos.

La contaminación de la cultura de la violencia a que antes nos hemos referido encuentra su expresión dramática en la situación de quienes son sus víctimas más directas: los amenazados y perseguidos por pensar y actuar como no nacionalistas. Recojo el testimonio de lo que en este sentido ocurre en el ámbito universitario, tal como aparece en un artículo publicado por uno de los miembros de *Basta Ya* y titulado: “Anomalías” (*El País*. 21/XI/2001).

“¡Ay, la Universidad! Responsables de varias facultades ya han recibido quejas de algún ‘compañero’ que protesta por la presencia en el centro de algunos docentes que, dadas sus convicciones contrarias al totalitarismo abertzale, ponen en peligro la vida de todos los seres que por allí circulan. ‘Algún día puede pasar algo y pillarnos a todos’. Parece ser que el hecho de que nos pille a algunos reputados contestatarios y amigos de meternos en líos no es problema, siempre y cuando nos afecte sólo a nosotros”. El autor señala a continuación los diversos grupos que representan esta actitud: “los que saludan escuetamente y habitan en el reino del riguroso concepto (...), los del saludo amable y la conversación banal que jamás aborda temas delicados (...), los comprometidos de boquilla, los que transitan por el fino alambre de la equidistancia (...), etc, y se lamenta de la falta de solidaridad activa de la mayoría de la comunidad universitaria, una solidaridad que como palabra “ha sido pronunciada hasta la extenuación desde los ámbitos de poder de este País vasco teñido de sangre”.

La universidad sería, para este profesor, un ámbito social más, en el que, además de cebarse la bestia del terrorismo, se padece la opresión del proyecto nacionalizador. “Mientras el nacionalismo siga regurgitando el pasto aranista, mientras no revise críticamente su caduca doctrina, mientras sienta lo vasco como algo exclusivo de su ideario, el terrorismo subsistirá. Se seguirá, por tanto, discriminando escandalosamente a la mitad de la ciudadanía”.

### ***Los Medios de Comunicación Social.*<sup>15</sup>**

Otra muestra clara y sangrante de que la falta de cohesión social y de cultura cívica es grave en la sociedad vasca es la forma en que la ideologización antidemocrática de la vida sociopolítica, que ha llegado a cuestionar la práctica totalidad de los referentes normativos e institucionales vascos, sin detenerse ante las más elementales normas de convivencia, se refleja en los Medios de Comunicación social. En el País Vasco, no sólo se da, como es lo normal en cualquier otro lugar, una inclinación ideológica en los medios de comunicación social, sino que dichos medios son instrumentos del partido y al servicio de los objetivos del partido. Es el nacionalismo, una vez más, el que, incapaz de comprender la lógica de la comunicación

---

<sup>15</sup> Véase E. Alfaro. “Medios y Remedios. (La Prensa y el Debate Político en Euskadi)”, en *Talaia*. N. 6. mayo 2000. pp 116-121.

social en una sociedad democrática busca nacionalizar a la sociedad a través de unos medios de comunicación que se someten así a la dialéctica “amigo-enemigo”.

El nacionalismo contempla a los medios de comunicación como una correa de transmisión de sus iniciativas y de sus proyectos, como un altavoz o un espejo de su propia autocomprensión e imagen. Si responden a esta función de reflejar “fielmente” las cosas serán verdaderos medios de comunicación. Si, por el contrario, cuestionan esta imagen, la critican o la rechazan, serán condenados como enemigos del nacionalismo. Lo que se busca de los medios es adhesión incondicional, lo que es incompatible con profesionales competentes en una sociedad civil secular y plural.

Lógicamente, si los medios tienen vocación de independencia ideológica y los profesionales del periodismo buscan ser rigurosos y críticos en su información, sus relaciones con el nacionalismo alcanzarán un nivel de conflicto mucho más radical que el razonable entre los medios y los poderes políticos. No es ninguna casualidad que los medios de comunicación en manos del nacionalismo vasco sean los más ideologizados y dependientes de lo que uno se puede imaginar (hay que oír la ETB, Radio Euskadi, o leer la prensa de partido, para entender lo dicho).

Así como el nacionalismo no puede entender que quienes no son nacionalistas vascos no sean, a su vez, nacionalistas españoles, tampoco puede entender que los medios de comunicación social que no son instrumentos al servicio del nacionalismo vasco, no sean, a su vez, instrumentos al servicio del nacionalismo español. Este silogismo maniqueo sirve para justificar tanto una situación de victimismo, ya que los medios que no son nacionalistas, además de no reconocer la realidad de Euskalherria se han convertido en una “Brunete mediática” o en un “GAL mediático”, como para legitimar esta forma de autodiscriminación positiva consistente en monopolizar el “poco poder que se tiene”, comparado con el de los imperialistas españoles. Así se explica la ausencia total de autocritica en los medios de comunicación nacionalistas.<sup>16</sup> La extrapolación maniquea del medio de comunicación enemigo a todos los medios que no son nacionalistas justifica el linchamiento de estos últimos y las campañas para no comprarlos.

Una esperanza subsiste a pesar de todo en este panorama tan sombrío. Se da la paradoja de que la mayoría de los vascos sigue comprando y leyendo los medios de comunicación no nacionalistas, tanto para informarse como para entretenerse. Ni la instrumentalización partidista de los medios de comunicación de titularidad pública, subvencionados con el dinero de todos, ni la mencionada discriminación positiva de los propios, también subvencionados con dinero público, acaban de subvertir esta tendencia que deja perplejos a los nacionalistas. En pleno ejercicio de hemiplejía mental se llega a pedir que los medios de comunicación no nacionalistas respeten los códigos deontológicos respectivos. De los propios nada hay que decir, ya que la causa a la que sirven sana “in radice” cualquier pecado por grave que sea.

---

<sup>16</sup> El libro del profesor Beobide que analiza pormenorizada y rigurosamente el discurso nacionalista en los periódicos más importantes del País Vasco, en tiempo de campaña electoral, da razón sobrada de lo dicho. Véase I. M. Beobide Ezpeleta. *Prensa y Nacionalismo Vasco. El discurso de legitimación nacionalista*. (2003). Universidad de Deusto.

## ***El mundo laboral***

La ideologización soberanista de todas las cuestiones laborales es otra de las manifestaciones más sorprendentes de este proceso de nacionalización de la sociedad vasca.

Es obvio que la clara hegemonía de los sindicatos nacionalistas se ha debido a la forma en que se les ha primado desde el poder y se ha buscado su complicidad.

La complicidad del mundo empresarial con esta estrategia se debería, según algunos analistas sociales, más que a su condición de nacionalistas, a su condición de “nacionalizados” por imperativos utilitarios, como cuestiones de fiscalidad, de subvenciones, de control administrativo, etc..

La actitud de los sindicatos nacionalistas, priorizando la cuestión nacional hasta ser líderes en el proceso de construcción nacional (Lizarra) ha primado la “construcción de un ámbito vasco de decisión, de negociación, etc.”, o la construcción de un modelo propio de seguridad social (aunque este tenga un perfil neoliberal), hasta dejar en la penumbra los planteamientos específicamente laborales.

La imposibilidad de una unidad sindical en este contexto es obvia...

## ***La sociedad civil vasca y la educación para la paz.***

En este cuarenta aniversario de la *Pacem in Terris*, creo oportuno recordar que, como decía Juan XXIII, las relaciones sociales que quieran basarse en la paz, deben buscar su fundamento en los valores de la verdad, de la justicia, de la solidaridad y de la libertad. Ninguno de estos valores y, por tanto, tampoco el objetivo de la paz, puede lograrse en una sociedad en la que no se sabe o no se quiere partir de lo que se es, denunciando su inmoralidad, y en la que no se busca socializar a los individuos, desde que nacen, en una *paideia* razonable e históricamente suficiente. Todos los sujetos de la sociedad civil están convocados a esta tarea.

Yo subrayaría, como prioridades en esta tarea, rememorando una vez más lo que proponía Ortega, la vertebración de la sociedad vasca, desde la asunción de algunos principios básicos:

- ayudar a descubrir que todo ser humano, por muy “otro” que nos parezca, es un ser humano cargado de dignidad, por lo que hay que desterrar las actitudes de odio cosificador y brutal que nos convierten en victimarios y niegan la dignidad de las víctimas. Para esto es imprescindible deslegitimar las políticas identitarias que imposibilitan el “reconocimiento” de las identidades humanas que siempre son complejas
- aceptar que la realidad plural y secular de las sociedades modernas es una oportunidad para el ejercicio de la libertad y de la solidaridad humanas. Secularizar sanamente la política, como la religión, es imprescindible para lograr una convivencia humana razonablemente justa con la diferencia y la solidaridad que los otros exigen.

- aprender a aceptar que “la paz posible” es la paz verdadera. Los imaginarios violentos suelen alimentarse de invenciones históricas que acaban negando lo evidente y que proyectan hacia el pasado unos agravios infinitos que necesitan la venganza definitiva y que imaginan para el presente un punto de partida “autogestión punto cero”. Me parece fundamental el hacer reflexionar a los jóvenes vascos sobre la realidad necesaria de la interdependencia, de la fuerza como condición necesaria para afirmar la libertad, de la legalidad como un principio de legitimidad, etc., La invención de la historia y la mitología del nacionalismo en las que se sigue socializando a buena parte de la juventud vasca es preocupante... La defensa de la legitimidad histórica, del foralismo, etc., en contra de una mentalidad democrática elemental es algo que no se inventa la opinión pública españolista para someter al pueblo vasco.
- aceptar que la política debe reunir tres requisitos básicos: verdad práctica, suficiente validez política y razonable factibilidad práctica. Sólo desde esta comprensión de la política es posible superar la situación de violencia y de “acción directa” que padece la sociedad vasca.